
Perder

1 MARZO 2022

Jordi Nadal



Perder debería tener más reconocimiento. Al fin y al cabo, todos hemos sido en algún momento perdedores. Vivir es ir aceptando las dentelladas de la vida, todas sus formas de adversidad. Hay algo hermoso y maravilloso en aprender a aceptar la amargura de perder. Miramos la vida con ojos abiertos, si tenemos suerte. Y eso exige un sacrificio espectacular. Vivir con los ojos abiertos es muy incómodo, y hace falta un carácter muy sólido para no quedarse encallado en medio del camino, aunque nosotros, aparentemente, vayamos saliendo adelante. La vida es dura y es también maravillosa. Y si bien es cierto que todos tenemos muchas experiencias, recuerdos de consejos y recetas para salir adelante, no es menos cierto que acabamos necesitando las fórmulas más diversas de botes salvavidas.

Madurar es crecer y aceptar la imperfección de las cosas. Hay mucha belleza en la aceptación y para llegar a ello hace falta tener muy buenos maestros, un carácter magnífico y

Hay que hacer las cosas bien porque es lo que vale la pena, tenga recompensa o no

mucha suerte. Sería hermoso hacer un monumento a la suerte, porque si en la vida no tienes fortuna, estás bastante desamparado. A quienes piensan que hay que educar a sus hijos diciendo "Mira, hijo, tú esfuérzate, hazlo bien, sé una buena persona y te irá bien", deberíamos decirles con mucho cariño que tal vez estén equivocados. Hay que hacer las cosas bien porque es lo que vale la pena, tenga recompensa o no.

Cuando aceptas esto, has dado un paso de gigante para abrazar la capacidad de perder y como premio te dan la escritura, de propiedad casi eterna, para la soledad lúcida. Esa que resulta tan insoportable de encarar. Es por eso por lo que el azar, el cosmos, Dios, o los dioses, quien quiera que sea (incluso los humanos, diría yo), nos esforzamos por reconocer, buscar, fomentar y crear algunas cosas: el arte, la amistad, los libros, la lealtad, la bondad, las cosas pequeñas (o grandes) que nos dan esperanza. Puede que sea cierto que estamos solos, pero, a veces, hay momentos felices en los que una película, una conversación, la lectura de un libro, una pieza de música, un cuadro, un paisaje, un gesto de una persona nos ofrecen un puerto en el que recalar. Todas las cosas del mundo están rodeadas de oscuridad, pero hay muchísima verdad y belleza en la figura obstinada, generosa y solitaria de un faro encendido.●